

Viaje a la semilla

Impresiones de nuestro Coordinador General con motivo de su reciente visita a la sede del Movimiento Mundial de Trabajadores Cristianos en Bruselas, Bélgica

Por RAMÓN COLLADO

Los asombros comenzaron desde el preciso instante en que abordé el tren en la ciudad de Rotterdam, Holanda, rumbo a Bruselas, capital de Bélgica. Objetivo: visitar la sede del Movimiento Mundial de Trabajadores Cristianos (MMTC).

Disponer de un servicio continuado de tren por cada hora, no tener que hacer cola para obtener el boleto, ni reservación previa, y el tiempo de sólo dos horas para recorrer más de 250 km, son algunos de los hechos que nos ubican en un país del primer mundo, nada lejano de lo que en otras circunstancias económicas pudimos hacer y no hicimos, porque es también componente del subdesarrollo la poca capacidad de aprovechar adecuadamente los recursos y oportunidades con que se cuenta en un momento dado.

Las ansiedades que se generan por la acción de explorar lo desconocido son inevitables, agravado por una barrera idiomática y cultural. Sólo la confianza en nuestro Señor nos permitió disfrutar de un viaje por tren hasta la estación sur de Bruselas, donde quedamos en encontrarnos con el asesor espiritual del MMTC, padre Marcel Cloet.

La imagen del padre Marcel, abrazado a su bicicleta mientras subía en mi busca por las escaleras mecánicas hacia el andén, demuestran la sencillez de un hombre entregado en cuerpo y alma al Movimiento.

Al calor del abrazo y del encuentro, se suma el de una ciudad vieja, muy humana, que nos hizo sentir que sólo habíamos salido por un largo tiempo y que regresábamos a ella.

Conocer la sede del MMTC constituye una extensión de los espacios sencillos, austeros y de mucha laboriosidad que hoy existen en nuestras parroquias y oficinas eclesiales. Apenas siete personas son responsables de toda la dirección del MMTC, desde la redacción y reali-



zación de la revista INFO, hasta el seguimiento de todo lo que sucede en cada movimiento local.

El tiempo no sobra, pero alcanza para la presentación y sentarnos todos alrededor de una mesa en el comedor-cocina de la casa para conversar y compartir escasas gotas de un vino blanco que simbólicamente utilizamos para brindar por el encuentro y la paz.

Llegar a la casa del padre Marcel para compartir un almuerzo obrero, es parte de la oportunidad de vivir la cotidianidad de personas humildes iluminadas por el Espíritu Santo.

Después de un acelerado recorrido por el centro de la ciudad con diferentes matices al realizado por una agencia turística, con una singular visita a la casa donde vivió monseñor J. Cardijn, la parroquia donde se fraguó la idea de la Juventud Obrera Católica (JOC) en 1925 y, al final, la visita al lugar donde descansan sus restos, donde aparece escrita una frase suya que resume su pensamiento sobre el mundo del trabajo: *Cada joven trabajador o joven trabajadora valen más que todo el oro del mundo.*

Al final de la tarde, recibo una despedida breve, igual a la que hacemos cuando tenemos la seguridad de que nos veremos otra vez.